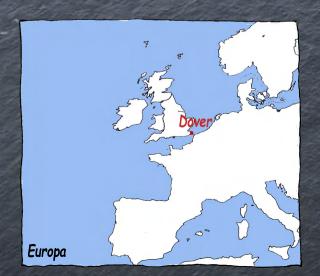
La torre Invisible tiene una manera peculiar de entablar un diálogo con el visitante. Puede mostrarse fría e indiferente, haciéndole sentir ridículo, insignificante... En ese límite difuso entre la tierra y el mar, el cielo y la gravedad, ella se impone majestuosamente recordándole -al visitante- el respeto y valor que se requiere para entrar.

En contadas ocasiones, la torre se muestra tranquila, relajada e indefensa, y permite al visitante acompañarla en su cámino, acogiéndolo en su esencia, conduciéndolo por la reflexión y, finalmente, subiéndolo a las alturas. Esa es una sensación que sólo se le permite a unos pocos que cumplan dos condiciones: aquellos que desearan hallar la paz, y que además padeciesen el deseo irrefrenable de subir a las alturas.

Algunos caminantes que recorrían los acantilados de Dover se preguntaban qué necesidad existía en esos locos visitantes que, -no conformes con lós metros entre la costa y el precipicio-, sentían el anhelo de ascender hasta el final de la torre. No comprendían que la sensación de control que produce una cima no es comparable con el plano de elevación del llano de un acantilado. No se ansía una cota-igualitaria, sino la soledad y libertad que sólo un punto más elevado puede producir sobre el dominio de un vasto terreno, aunque, éste, a su vez, se encuentre dominante sobre otro. La torre es ese punto.

Sí, en el interior de la torre se llena el vacío que la civilización ,-naturaleza domesticada-, tatuaba en el visitante; ésta le ofrece sensaciones de libertad, paz, calma, le facilita el acercamiento y diálogo con el cielo, le hace creer que conoce la naturaleza; Como diría Cosimo Rondò "quien quiere mirar bien la tierra debe mantenerse a la distancia necesaria"; ésta le invita a la reflexión y al conocimiento de sí mismo, y a la vez le libera de sus limitaciones.

La torre representa los dos polos de los sueños de la casa. Se eleva desde las profundidades terrestres y acuáticas hasta la verticalidad del cielo. La escalera que va al sótano desciende a nuestros recuerdos, a la irracionalidad de lo profundo, pero la que sube al cielo nos conduce a la ensoñación. Así en la torre se gradúan por niveles los espacios de nuestras soledades imborrables, las que hemos sufrido o gozado, dónde hemos deseado o nos hemos comprometido. La torre es individual porque es un espacio interior. Podemos bajar para protegernos y recrearnos en el pliegue de la tierra, como en el útero materno, de las pérdidas que la vida nos arroja...para rememorar nuestro origen, y racionalizar nuestros miedos...habrá una sala para nuestros cuadernos, dónde se acumule amuletos, fotografías, e inclusive pequeños objetos de alguien que conocimos, como elementos inmóviles de algo ya inexistente en otro lugar que no sea el recuerdo...

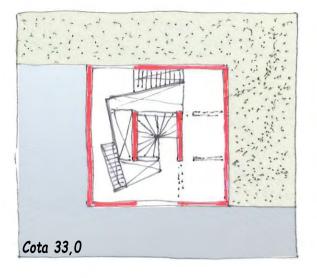


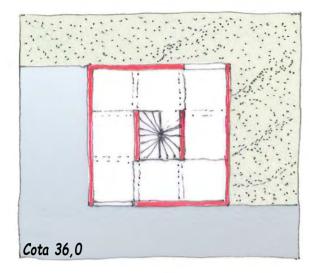






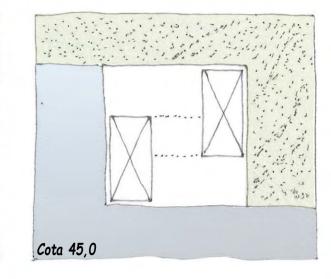


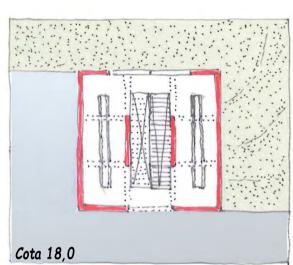


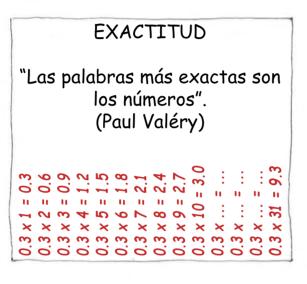


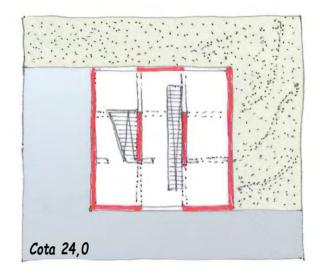


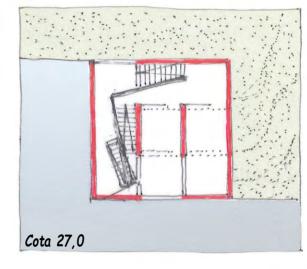






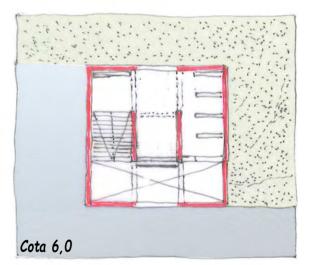


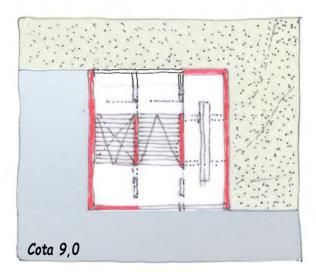


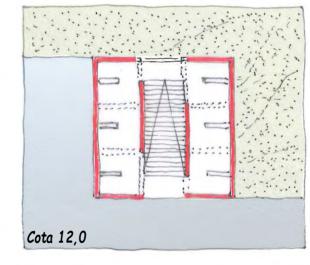




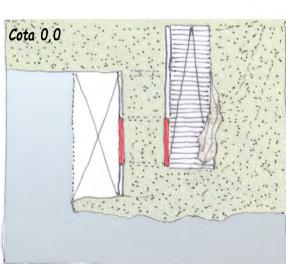


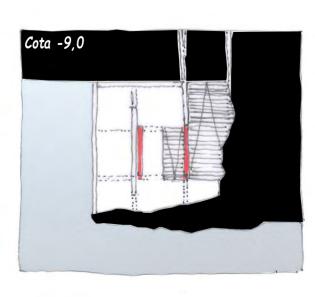


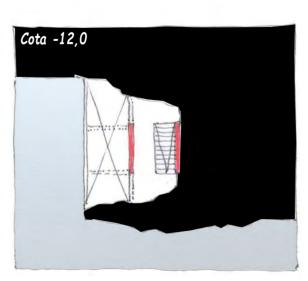


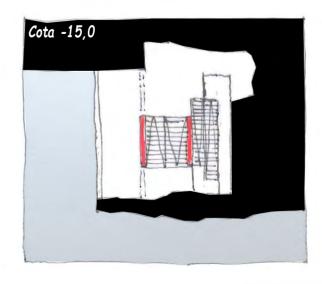




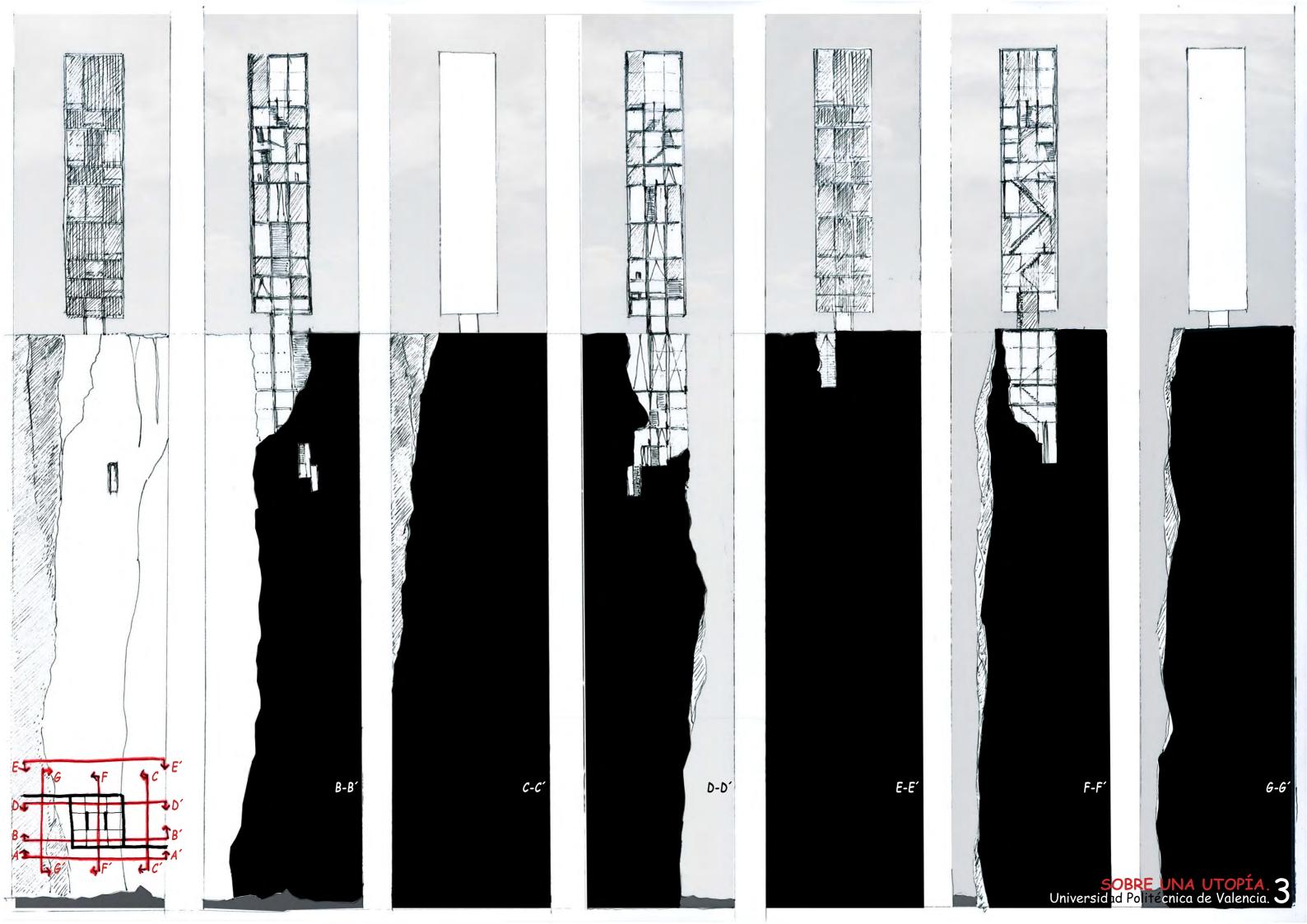




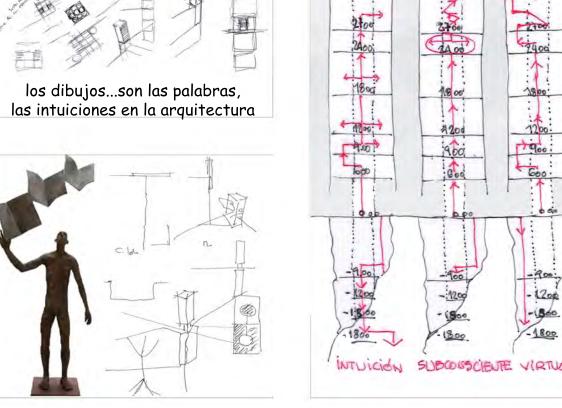


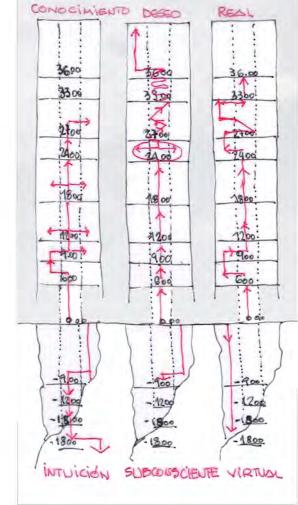


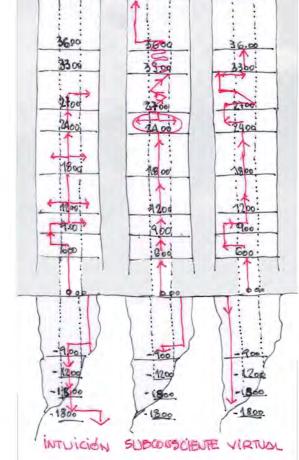


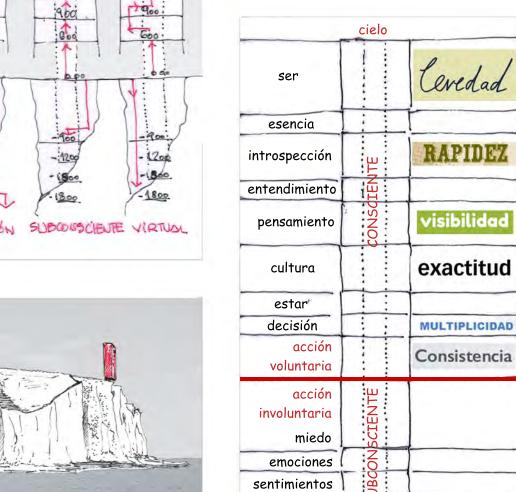


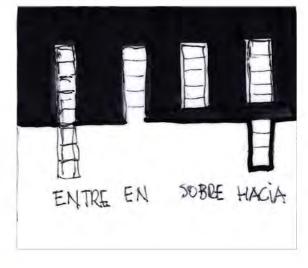




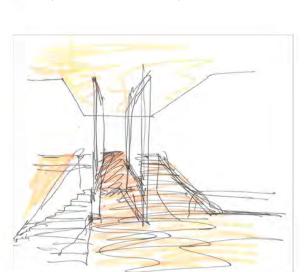










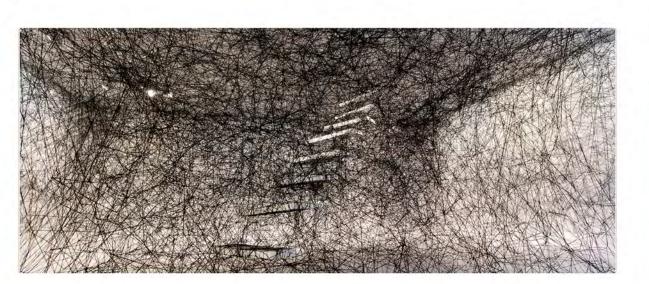


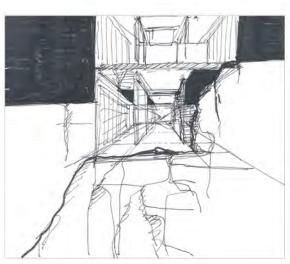
escaparse del mundo y de uno mismo











tierra

sueños







